Afuerinos

Luis Durand

—¡Suerte más perra! —rezongó Rosendo Farías, al echarse de nuevo el saco de "**monos**" al hombro . Ni que estuviéramos apestados. Hay que ver la gente bien desconsiderá pa ayudar al pobre. Y di hay, ¿qué hacimos? —interrogó, volviéndose hacia su compañero, que, sentado en la cuneta del camino, se amarraba despaciosamente una **chala**.

—La **alojá** es la molestosa —repuso el otro con aire distraído, pasándose el revés de la mano por la nariz roja de frío.

—Sí, pue, la alojá no más será —agregó de nuevo Farías, con irritado acento—. El hambre que nos maltrata, serán florecitas en el ojal, ¿no es cierto?

Miraba a su "**cumpa**", de soslayo, en una actitud que le era peculiar, muy abierto e inmóvil el ojo izquierdo, enturbiado por una nube. Era un hombre alto, cenceño, con el rostro derrumbado por el cansancio y las penurias de una existencia aporreada. Unos pelos ralos le poblaban a retazos la cara y, junto a la nariz, como un torrente seco, una ancha cicatriz le cruzaba la piel.

—¿Y qué **sacai** con **ajisarte**? No vamos a componer el apero por andar chillando como rueda sin aceite. O vos **creís** que yo no llevo hambre... Tengo **tamién** las tripas que ya me hablan.

Sonreía entreabriendo los labios gruesos y sensuales, mostrando unos dientes blancos y enteros, capaces de devorar a un buey. A guisa de **chalina**, se abrigaba el cuello con un ponchito desflocado. Y sobre la frente despejada se le iba un mechón de pelos negros como sus ojos, alegres y brillantes. Alvaro Pérez estaba hecho, sin duda, de otra pasta harto distinta de la de su malhumorado compañero de correrías.

Echaron a andar de nuevo por el reborde alto del camino, sorteando el barrizal que en los bajos se convertía en lagunas espesas, de color chocolate. Un crepúsculo húmedo, de luz mermada prematuramente, daba triste entonación al canto o silbido de los pájaros cuando pasaban volando bajo unas nubes negras y amenazadoras.

En la distancia, clareó fugazmente el horizonte, tiñendo de rosa y amarillo algunas nubes. Pero aquello fue sólo como la insinuación de una sonrisa, pues muy pronto la luz se veló de nuevo y las sombras se apretaron, desdibujando el contorno de los árboles, de los ranchos próximos al camino y los de algunos vacunos que, de rato en rato, bramaban desolados en el fondo de los potreros.

—Va a llover qu'es vicio exclamó Pérez—. Y la del diantre que por aquí ni autos pasan pa que nos acarreen a un hotel, a onde podamos servirlos una güena **cazuela** di ave y unas varas de **longaniza**, con su medio cántaro de mosto, pa calentar las tripas. Después nos iríamos a dormir en un colchón bien alto y el riñón abrigao con una de esas frazadas capaces de hacer sudar a un riel. Si la plata hay que gastarla, **huacho**.

—¡Eja! Dale **güira** no más a la lengua. L'hambre te está haciendo **difariar**. Yo no sé qué objeto tendrá eso de andar hablando vanidades. Más es la **pica** que baja.

—¡Las cosas tuyas! Pa divertirlos, pues ho. Pior es ponerse tragedioso. **Contimás** que uno se **asarea**, queda en los mismos pelos. Si la vida del pobre es así... Y como no habimos conocío otra.

—Muy verdá es —convino Rosendo, pero no por eso nos hemos de conformar. Date vos cuenta que los alimales, con ser brutos, viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su güen galpón a onde duermen bien **reparaos**. Lo que el pobre no merece muchas veces, ni un pedazo de rancho pa favorecerse de la lluvia.

—Razones son esas. Pero el hombre no saca na con lamentarse si no hace empeño a buscarse un acomodo. A naide le cae la breva pelá y en la boca. Es preciso considerar una cosa tamién, y es que a nosotros los gusta tantísimo la **tomaúra**. Somos más sufríos p'al litro que p'al arao. Y es qu'es tan bonitazo andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo no más. Y toparse por **ey** con los pobres **gallos** afirmándolas día a día, a la siga de los **güeyes**.

Rosendo Farías masculló algunas palabras que Pérez no se preocupó de averiguar. Silbaba ahora una vieja tonada, la única que sabía, y que jamás dejaba de recordar cuando lo roía alguna preocupación. El Negro Pérez era de carácter risueño y **francote**, detrás del cual ocultaba todo cuanto lo podía hacer desmerecer ante el propio concepto de su hombría. En ese momento iba meditando en la razón de haberse apareado con Farías, que con su cara de vinagre y su voz chillona, no caía bien en ninguna parte. El día antes, sin ir más lejos en sus recuerdos, pasaron a pedir trabajo en un fundo cuyas casas se divisaban desde el camino.

Los atendió el propio dueño, un hombre de aspecto bonachón, que los miraba con unos grandes ojos pardos, mansos y tranquilos. Después de oír la petición que le formularon, les contestó afablemente:

—Trabajo tengo, y al buen peón aquí no le va mal. Si quieren quedarse, pasen a la cocina a comer y ahí hablan con el mayordomo cuando llegue la gente a entregar el apero.

El Tuerto Farías se lo quedó mirando con su actitud característica: el ojo turbio muy abierto e inmóvil y el otro de soslayo. Con su chillona voz de **tiuque** en un día de lluvia, preguntó:

—¿Cuánto pagan aquí?

Y cuando el hacendado se lo dijo, Farías desdeñosamente replicó:

—¡Chs! Por esa plata yo no le trabajo a naide. Pa eso, mejor estoy sentao en mi casa.

El dueño se encogió de hombros, sin pizca de malicia. Afirmándose el fiador del sombrero y levantando las riendas del caballo que lo esperaba, les dijo a manera de despedida:

—¡Que les vaya bien!

Al Negro Pérez, no obstante el disgusto que aquella salida de tono le causara, le dio una loca tentación de reírse a gritos. Y, ya en el camino, le dijo:

—Güeno, pue ho, ¡ahora nos iremos a sentar a tu casa!

Y ante la furiosa mirada de Farías, Alvaro Pérez había dejado escapar el atropellado tumulto de carcajadas que le estaba haciendo cosquillas en la garganta. Esa noche durmieron al abrigo precario de un muelle de paja que encontraron al paso. Muy trillado por los animales y ya pasado por el agua de las lluvias, aquella alojada fue harto penosa. Apenas clarearon las primeras luces, Pérez se enderezó entumecido, exclamando:

—Oye, ta güeno que le **mandís** a componer el techo a tu casa. Tengo la cara como cartón con la **garuga** de anoche. Güeno, pues, hombre, llama luego a la **empliá** pa que nos traiga desayuno. A mí me gusta el caldo por la mañana.

Mediante algunos escasos centavos que les quedaban comieron pan con ají en un **chinchel** del camino. Rosendo caminaba silencioso y huraño rumiando su mal humor. El Negro, indiferente, como si no lo afligiese ninguna preocupación. Sin embargo, iba decidido a aprovechar la primera oportunidad que se le ofreciera para separarse de su inconfortable amigo.

Bajo un cielo nuboso, la noche se había extendido por el campo. En los charcos se oía el metálico croar de los sapos, mientras los perros, desde los ranchos distantes, comenzaban a bravuconearle a la obscuridad engendradora

de fantasmas. El viento húmedo les mojaba las espaldas hormigueando en la carne, con helada insistencia.

La mezquina luz de una fogata interior les mostró en un recodo una vivienda. Y de común acuerdo se acercaron a ella para hablarles a sus moradores. El Tuerto Farías, con la voz más melosa que pudo sacar, exclamó:

—Buenas noches toa la gente. ¿Podríamos hablar con el dueño de casa?

Por la ventana que daba al callejón, asomó el rostro de una mujer desgreñada y flaca, con una criatura en los brazos. Sus ojos curiosos trataron de perforar la obscuridad para ver a los que llegaban. Recelosa, inquinó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente **honrá**, señora. Por favor, dígalos si podríamos hablar con su marido.

—Ta durmiendo el dueño de casa. ¿Que lo conocen ustedes?

—No, pero como somos forasteros de pu aquí y como no tenimos conociencias, quisiéramos pedirle una ayudita. Andamos con harta necesidá y no tenimos ni a onde alojar.

El gruñido imitado de un **quiltro** se oyó en ese momento, junto con la voz de un chiquillo que habló medrosamente:

—¡**Taitita**! despiértese, taitita.

Fastidiada la mujer lo hizo callar:

Cállate vos, chiquillo intruso —y dirigiéndose a los hombres, les habló en seguida con voz desabrida y quejumbrosa, en la que no obstante se advertía cierta compasión por ellos—: Oigan. No sacan na con hablar con Filidor, porque no tenimos ni una na con qué poderlos favorecer. Es mejor que sigan hasta La Rinconada. Allí pueden encontrar algún acomodo, aunque sea pa dormir. A la vuelta del cerro está la casa de on Jesús Chandía, qu'es hombre rico y muy güen cristiano pa tratar al pobre. Hasta trabajo les puede dar, porque **endenantes** no más le oí decir a mi marido que al **jutre** ése le estaba haciendo falta **gallá** pa la siembra. Por ahí van bien, porque lo qu'es p'al pueblo, es casi toa gente pobre la que vive. Contimás que no hay casa a onde no tengan enfermos. Ha cargado mucho una epidemia que la mientan gripe. Es como **cotipao** con calentura. Y el pobrerío es el que más padece. Va duro el año éste...

A la mujer se le había desatado la lengua, y llevaba intenciones de seguir adelante con su cháchara, cuando el Negro Pérez se la cortó de pronto, diciéndole:

—Muchas gracias, señora. Que pase güenas noches con toa la **compaña**.

Rosendo Farías, que escuchaba con gran interés la conversación, pues era muy aficionado a esta clase de tertulias, pegó un respingo de caballo rabioso, se tocó el ala del sombrero y con aire grave aprobó las últimas palabras de la mujer:

—Malo va el año. Muy verdá, señora.

A poco andar encontraron el cerro de que les habló la mujer. En la obscuridad era como un enorme monstruo informe que, recostado junto al camino, acechaba a los viajeros. Descendieron hasta un bajo abrigado por unas **pataguas** y luego subieron hacia el alto, en donde el viento vino de nuevo a clavarles sus heladas agujas. Arriba, las nubes se habían desgarrado para mostrar un cielo lívido, de difusa claridad lunar. Caminaban ahora junto a una tapia, por encima de la cual algunos árboles extendían sus ramas hacia el camino. En el interior, oíase el ronco vozarrón de un perro que ladraba a intermitencias.

Al final de la tapia se alzaba un largo edificio de construcción ligera y en seguida una casa de adobes, en cuyas ventanas, a través de los postigos cerrados, se filtraba la luz del interior. El Negro Pérez se acercó a poner el oído junto al postigo y después de escuchar un momento exclamó en voz baja, atrayendo por una manga a su compañero:

Oye, gallo. ¡Tan **cucharíando** en lo mejor! Aquí sí que nos puede ir bien. Vos **sabís** que guatita llena corazón contento. Cómo van a ser tan piratas que se nieguen a favorecerlos con algo.

—¡Mi maire! Se me está haciendo agua la boca. Me recondenara si no son porotos con **chicharrones** los que están comiendo.

Tras de una prudente espera, golpearon discretamente. Oyóse adentro el ruido de una silla que se aparta y luego unos pasos enérgicos hacia la puerta. En seguida la pregunta de rigor, formulada con voz recia:

—¿Quién llama?

Esta vez fue el Negro Pérez quien se apresuró a contestar, dando a su acento la mayor amabilidad que pudo:

—Somos nosotros, patrón Chandía, que querimos hablar unas palabras con **su mercé**.

Crujió una tranca y rechinó una llave antes de que se abriera la puerta. En el vano de ella apareció la voluminosa figura de Jesús Chandía, con un sombrero alón metido hasta las orejas y envuelto en un poncho largo, color vicuña. Sus cejas canosas y erizadas se arqueron, tratando de identificar a los recién llegados. Después su vozarrón inquirió:

—¿Qué se les ofrece?

—Andamos buscando liga a onde ponerle el hombro, patrón Chandía, y como sabimos que su mercé está necesitando güena gallá, venimos a ofertarlos con mi compañero. En el trabajo somos **rotos** harto sufríos y empeñosos.

Jesús Chandía irguió su alta figura, dejando escapar un ¡ejem! tan sonoro y vigoroso, que pareció quedarle vibrando en el pecho. Después de sonarse estrepitosamente con un gran pañuelo floreado, les dijo con voz de severa reconvención.

—Pero estas no son horas de venir a molestar a una casa. El buen peón llega a la luz del día a pedir trabajo y no anda ocultándose en las sombras de la noche. Para mí que ustedes son rotos **mañosones**.

Iba a contestar el Tuerto Farías, pero el Negro lo atajó, diciendo alegremente:

—La purita que es bien verdá lo que nos dijeron de que usté era muy divertío, patrón. ¡Qué vamos a ser rotos mañosos! Pregunte usté en "Santa Teresa", en "El Peumo", o aquí más cerca, en "Las Rosas", y le dirán quienes somos nosotros. **Aguaite**, su mercé, estos tremendos callos. Lo que hay es que se nos hizo tarde, porque los caminos están muy barrosos y pesaos y andamos necesitaos de echarle algo por debajo del bigote.

Jesús Chandía apoyó la mano sobre la puerta, en la actitud de cerrarla diciéndoles:

—De noche no entro en tratos con nadie. Si quieren trabajo, vuelvan mañana, que será otro cuento.

—Conformes, patrón, pero hágase cargo que andamos entumíos y con hambre. Lo que su mercé disponga se lo agradeceremos.

Sin contestarles, Chandía dio un grito hacia el interior de la casa:

—¡Hermelinda! Ve si hay comida en la cocina y tráete dos raciones. También un pan grande. ¿Andan trayendo en qué recibir comida ustedes?

—Sí patrón. Aguárdese un momentito.

Apresurados buscaron entre las **pilchas** de su saco un jarro de latón grueso, que alargaron a Chandía. A tiempo de recibirlo éste volvió a gritar:

—¡Que venga caliente esa comida!

Al poco rato apareció Hermelinda, una moza de carrillos encendidos, ojos vivos y una naricita respingada que le agraciaba. Traía una fuente llena de porotos que despedían un vaho cálido y apetitoso. Los vació en el jarro de aquellos huéspedes no convidados y se los pasó junto con un gran pan. Pérez le dijo:

—En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Qué rica ha de estar! Se ve que la hizo usté, prenda.

Chandía, en ese momento exclamó desde el medio del pasadizo:

—¡Cierra bien la puerta, mujer!

—Muchas gracias, patrón Chandía... ¡Hasta mañana!

Otra vez las tinieblas del camino. Mas, ahora llevaban adentro una loca alegría que era como un rayo de sol.

Rosendo Farías, enternecido, dijo con trémula voz:

—Seco el viejo, pero harto, güen cristiano, no se puede negar. **Toy** dispuesto a trabajarle una güena tirá de días. **Tamos** necesitando unos cobres pa comprar tantísimas faltas. Ni pa los vicios habimos tenido estos días. Yo, cuando no **pito**, te diré que me pongo bien **lile**. Oye, vamos p'al bajo a merendar porque allí hay muy güen reparo.

—Esa es la letra. Los juimos dijo la venida. Ahí estaremos bien y después nos serviremos **una güena cachá** e mosto blanco, de ese que pasa por debajo del puente.

Comieron amistosa y fraternalmente, conversando de las incidencias de su cotidiano deambular. El estero gorgoriteaba leve a pocos pasos de ellos. Arriba el cielo se había limpiado, dejando ver algunas estrellas.

—Parece que quiere componerse el tiempo —opinó el Negro Pérez, echando una rápida mirada hacia el cielo, en el momento de levantarse para ir a lavar su cuchara—. Oye, voy a ver cómo anda la cosa por aquí para que arreglemos el dormitorio.

Crujieron las ramas del pequeño monte en donde se metió. Después gritó:

—No sirve esto, gallo. Ta muy húmedo. Se nos puede echar a perder el colchón aquí. Vamos a tener que seguir taloneando pa La Rinconada.

—De allá somos, pues —le contestó Farías, con el ánimo muy levantado.

—¡**Ah chitas** que te hicieron bien los porotos ho! Yo creo que ahora serías bien capacito de dormir parado debajo de un árbol.

—**Voltario** que me hallo.

Pero, al pasar junto al galpón de Chandía, oyeron el recio estornudo de un animal y, acercándose más, el poderoso crujir de sus dientes triturando el pasto.

De pronto el Negro dio un brinco de júbilo.

—¡Oye, oye! Aquí hay una ventana, y si no tiene barrotes, estamos al otro lao. Atrácate, con eso me encumbras.

De pie encima de los hombros de Farías, el Negro alcanzó la ventana. Un juramento se escapó de sus labios al comprobar que la defendían gruesas barras de hierro.

—Abájate luego, ho, si estamos pa nunca —rezongó Rosendo.

—¡Chiiist! Aguántate un ratito, gallo, mira que una barra está jugando. Conque la saco, pasamos pa entro como un aceite.

Afortunadamente, la vigueta que sujetaba los hierros estaba ya podrida y fue cediendo poco a poco, hasta desastillarse. Pérez apartó el barrote y metió los brazos hacia adentro. La lisa y tibia suavidad de la paja le acarició las manos. Afirmándose en el marco, se alzó de un envión y, una vez adentro, se volvió para asomarse hacia la calle a decirle con voz gozosa a su compañero:

—Pase no mas **ailante**, on Farías. Mire que la noche está muy heladaza y se puede **cotipar**.

Una alegre risotada fue la respuesta. Farías le pasó los sacos con los "**monos**" y Pérez a tiempo de recibirlos le advirtió:

—Oiga, on Farías, no **vaiga** a dejar la sobrecama abajo. Es preciso cuidar las prendas ahora, porque están los tiempos muy estériles.

Alargándole la correa de la cintura ayudó a Farías en la subida. Adentro había una atmósfera tibia que olía a estiércol fresco y a pasto seco En el recinto contiguo oíase a los animales que seguían devorando su ración.

Enterrados en la paja conversaron un rato. Al Negro se le ocurrió preguntar:

—Oye, gallo, ¿y vos cuánto tiempo hace que te **dedicai** a los viajes?

—¡Bututui! Montón de tiempo, pues, ho. Pa no mentirte, te diré que yo **ey sío** siempre muy **trajinante**. Me entra un tremendo aburrimiento cuando estoy mucho tiempo en una parte. Y entonces **me las emplumo a la sin rumbeque**... Pero el hombre andante padece mucho también.

—Se padece. A mí a veces me tira de quedarme por ey, **arranchao**. Y buscarme una mujer que me haga la merienda y me **costuree**. Así se anda como **jergel** de **tirillento**.

—Es cierto. Pero la mujer es muy llevá de sus ideas y muy amiga de gobernar al hombre como chiquillo mediano. Y en tocante a esa cuestión yo soy muy **ríspero**. El hombre, cuando la mujer quiere pagarse de su capricho, debe ser muy tieso de mechas. Sí no, ta perdío. ¿No te parece? En las lindes del sueño, Pérez murmuró algunas palabras que no se entendían. En seguida se oyó su ronquido acompasado. Rosendo Farías era de sueño tardío y se quedó oyendo el susurrar del viento y los chillidos de las ratas que se festejaban con algún pedazo de sebo en el cuarto de los aperos. No supo cuando se durmió con un sueño sobresaltado. A ratos volvía a oír las palabras entrecortadas del Negro Pérez, que en un trabajoso diálogo contestaba a algún misterioso personaje que visitaba su sueño.

Y, en efecto. Pérez soñaba con una **puebla** que lo tenía obsesionado allá en la hacienda de "Las Mercedes", en Talagante. Estaba situada en una pequeña vega junto a un camino interior. En el fundo, entre **maquis**, **culenes** y **chilcos** pasaba el estero, con el que se regaba esa tierrecita negra y mullida, muy a propósito para sembrar hortalizas y legumbres. En ese fundo, él había hecho mérito largo tiempo, hasta captarse la simpatía del administrador. Y mientras maduraban sus proyectos le echaba e ojo a la Rosa Amelia, la hija de on Paredes, un **mediero** ricachón. Pero cuando le manifestó sus aspiraciones al administrador, éste le cortó el aliento de raíz con una rotunda negativa. Aquella puebla estaba en poder de un antiguo sirviente, muy apreciado por el patrón. Pensar en quitársela era como hacerle una raya a la luna. Y más él que era un afuerino. Era imposible.

Y esa noche soñaba que había vuelto a "Las Mercedes". Estaba de ayudante de capataz y caminaba por una larga alameda, en donde silbaban los zorzales, montado en un alazán cariblanco que tenía una rienda de primera. Se dirigía

hacia la puebla de la vega que por fin había conseguido para él y la Rosa Amelia, su mujer. ¡Qué lindo estaba todo! Unos cardos azules junto a las **trancas**, y más adentro, varas de amapolas florecidas. Primavera de luz transparente y cálida. Un chancho overo, amarillo y negro, dormía en el patio, haciendo un ¡ho—ho! deleitoso. Y en el fondo de la huerta las flores amarillas de los zapallos, cuyas guías se encaramaban por las ramas secas.

Subiendo el repecho venía una vaca clavela bramando, con su ternero que la cabeceaba hambriento. Y tras ella, Rosa Amelia, con la correa de manear y las mejillas rojas como las amapolas que el vientecillo jovial y travieso agitaba suavemente.

Alvaro Pérez sintió la noche de un suspiro. Aquellos porotos calientes y sabrosos, y esa paja en la que se dormía tan abrigado, eran como para soñar sueños de dicha. Sintió una furia atroz cuando el frío de la mañana vino a despertarlo.

—¡**Caracho**, quién pudiera quedarse dormido pa siempre cuando sueña cosas tan **relindas**!

Se enderezó fastidiado. En la penumbra del amanecer se oía el rumor del campo que despertaba. Gallos que cantaban, perros ladrando, relinchos de potrillos, y más cerca el chismorreo jubiloso e indiscreto de las aves de corral. Y a ratos un silencio profundo hacía grave el rumor del viento, cuyos dedos entumecidos no eran capaces aun de insinuar melodías.

Después de dormir en ella, al Negro Pérez lo afiebraba la paja. Bajó apenas despertó, para darse cuenta del panorama que lo rodeaba. Al otro lado había una yunta de bueyes, un caballo y dos vacas. Un de ellas era una clavela de narices rosadas y húmedas, que lo miraba con una dulce y asombrada curiosidad. En el cobertizo del frente dos terneros trataban vanamente de escaparse por la puerta del chiquero que resistía tercamente sus atropelladas.

Una alegre idea vino a acariciarlo. Un desayuno con leche sería estupendo. Y él era harto "**baqueano**" para ordeñar. Sin pensarlo más sacó al ternero clavel, laceado con su correa de la cintura, y lo llevó donde su madre que lo recibió bramando bajito, con temblorosa ternura. Sin alzar mucho la voz llamó:

—Rosendo. ¡Despierta, hombre! Pásame el jarro pa lechar esta vaquita que nos mandó p'al desayuno on Chandía. No se puede negar qu'es harto atento el jutre.

Aún medio dormido, bajó Rosendo con el tiesto. Y muy pronto un grueso chorro comenzó a sonar dentro de él. Era leche tibia y sustanciosa, alimento de primer orden que sus paladares no saboreaban con frecuencia. Rosendo se

sirvió un trago largo y se volvió a repetir. Después tomó lentamente Pérez, gozándola con visible deleite. En seguida ofreció de nuevo a Rosendo, pero este muy cumplido rehusó:

—Ya **no soy capi** pa más. Te lo agradezco. Y sería güeno que **juerai** abreviando, no sea cosa que se levante el jutre y nos eche una elevada.

Pérez le contestó:

—Fíjate, hombre, lo que es la vía. Anoche dormí soñando que estaba allá en "Las Mercedes", viviendo en la puebla de on Quiñones. Y la Rosa Amelia era mi mujer. Teníamos chancho, vaca y cuanto hay. Me está bajando **pensión** de recordar too eso te diré. Gana de **embelármelas** pa allá. ¿Que decís vos?

Era un hombre serio Pérez, y fue de nuevo a encerrar el ternero. En seguida subieron al pajar y se descolgaron hacia la calle por la ventana. En ese momento el sol, como un rubí gigantesco del cual se desprendían llamas enrojecidas, se encumbró por encima de un cerro. Y la luz, con su aliento vivificante, animó e inundó de alegría todo lo que se extendía por el campo.

Rosendo Farías exclamó:

—¡Lindo día, hombre!

—¡Lindo!

Y fue entonces el Negro Pérez quien propuso:

—¿Que te parece que volvamos otro día a trabajarle a on Chandía?

Rosendo, con aire de fatiga y displicencia, repuso:

—Muy justo. Alguna vez el pobre también ha de darse un gusto en algo.

monos = Bártulos; equipaje.

chala = Cierto tipo de calzado muy usado en Chile por los trabajadores del campo y que consiste en un plantilla de cuero de vaca crudo o de caucho, con cuatro agujeros y atada al pie con correas.

alojá = Alojada, huésped.

cumpa = Compadre.

sacai = Sacas, logras.

ajisarte = Molestarte, incomodarte.

creís = Crees.

tamién = También.

chalina = Bufanda.

cazuela = Plato típico chileno, que consta de caldo, carne (de ave, cordero, vaca o chancho), papas y verduras cocidas.

longaniza = Chorizo.

huacho = Cría de animal; como término afectivo = amigo, camarada.

güira, dar = Azotar.

difariar = Delirar.

pica = Rabia, ira.

contimás = Cuanto más.

asarear = Hacer enojarse o exasperarse.

reparaos = Abrigados.

tomaúra = Acción y efecto de "tomar", es decir, beber en abundancia.

ey = Ahí

gallos = Hombres, personas.

güeyes = Bueyes.

francote = Franco.

tiuque = Nombre de diversas aves rapaces de la familia falconidea, subfamilia poliborinea, muy beneficiosas para la agricultura porque devoran toda clase de insectos o desperdicios. Son aves sedentarias que poseen su coto caza y anidan en grietas y en los árboles más altos. Suelen reunirse en bandadas para comer y se caracterizan por tener el vuelo poco despegado y por capturar a su presa persiguiéndola en el suelo a saltos y carreras.

mandís = Mandes.

garuga = Garúa.

empliá = Empleada, sirvienta.

chinchel = Taberna ordinaria donde se vende al por menor vino u otras bebidas alcohólicas.

honrá = Honrada.

quiltro = Perro no de raza.

taitita = Diminutivo de "taita": padre.

endenantes = Hace un instante; recién.

jutre = Variante de "futre": Hombre que viste con elegancia y pulcritud.

gallá = Personal.

cotipao = Costipado; resfrío.

compaña = Compañía, acompañante.

patagua = Nombre de ciertos árboles autóctonos, siempre verdes de la zona centro meridional.

cuchariando = Comiendo.

sabís = Sabes.

chicharrones = Residuos muy fritos que quedan al derretirse las pellas de manteca de cerdo u otro animal.

su mercé = Fórmula de tratamiento usada por el inquilino o campesino para dirigirse a su patrón o a cualquier otra persona de clase social superior a quien considere digna de respeto.

roto = Varón chileno, especialmente del pueblo.

mañosones = Mañosos.

aguaite = Vea, mire.

pilcha = Ropa de vestimenta u abrigo.

toy = Estoy.

tamos = Estamos.

pito = Fumo.

lile = Endeble, enclenque.

una güena cachá = Una buena cantidad.

¡Ah chitas! = Interjección familiar con que se denota sorpresa o admiración.

voltario = Dispuesto, voluntario.

ailante = Adelante.

cotipar = Resfriar.

monos = Bártulos.

vaiga = Vaya.

dedicai = Dedicas.

ey sío = He sido.

trajinante = Dícese del que está constantemente trajinando de un lado a otro o rebuscando cosas.

Me las emplumo a la sin rumbeque = Salgo a vagar sin rumbo.

arranchao = Estable.

costurear = Coser.

jergel = Mosquito (?)

tirillento = Andrajoso, harapiento.

ríspero = Áspero

puebla = Casa rústica con terreno sembradío que el propietario de una hacienda proporciona al inquilino para que viva allí con su familia.

maqui = *Aristotelia maqui*. Arbolito eleocarpáceo de hojas verdes perennes, de diez a doce pies de alto, algo velloso en las ramas tiernas, con cáscara lisa de color moreno violáceo. El fruto es pequeño, redondo, liso y muy morado. Se cría con mucha abundancia junto a los torrentes y a los bosques húmedos y sombríos de las colinas, desde el río Illapel hasta Chiloé. Sus hojas secas y en polvo se utilizan para curar heridas, las frescas para aplacar la fiebre. Los carreteros hacen varas con sus vástagos y los artesanos frabican instrumentos musicales y molduras con su madera. Además, las huiras, de su corteza se emplean en cestería. Los frutos son muy codiciados. Con ellos se hacen confites y helados y mezclados con uva se prepara un vino exquisito. Los indios preparan con él una chicha muy apetecida llamada *tecu*. Existe también la variedad de fruta blanca, mucho más apetecida. (DECh)

culén = *Psoralea glandulosa*. Arbusto autóctono perteneciente a la familia de las leguminosas, aromático, con hojas glandulosas de casi un decímetro de largo que son verdaderas hojuelas acuminadas de a tres en cada péndulo, y con flores blancas azuladas o purpurinas muy pequeñas, dispuestas en espiga o racimos axilares, crece en las partes húmedas desde Coquimbo hasta Valdivia y aún es cultivada en otras regiones como Chiloé. Se emplea para usos medicinales, especialmente como antifebrífugo, antidispéptico y hasta para preparar bebidas refrescantes o alcohólicas. (DECh)

chilco = Nombre común de diversas especies de plantas y arbustos autóctonos silvestres, preferentemente de la familia de las compuestas. (DECh)

mediero = Inquilino que tiene contrato de mediería con su patrón.

tranca = Valla.

¡Caracho! = ¡Caracoles!, ¡caramba!; expresa disgusto o extrañeza.

relindas = Muy lindas, muy bonitas.

baqueano = Diestro, hábil.

no soy capi = No soy capaz.

juerai = Fueras.

pensión = Nostalgia.

embelármelas = Irme, trasladarme.